

## **Como a fuente de vida exhausto río, va a mi madre mi espíritu sombrío\***

*Olivia América Cano*

### **Resumo**

As relações de Jose Marti com sua mãe, imigrante canária em Cuba, tem recebido inúmeras interpretações. Destacam-se neste artigo a versão do amor e do respeito do filho e uma explicação sobre o comportamento da mãe cujo fundamento teria que ser buscado nas rígidas normas culturais, procedentes de sua formação em Canárias. Segundo a autora, o amor da mãe ofereceu-lhe a segurança e a estabilidade necessárias para sua importante atuação política e intelectual.

Palavras-chave: Jose Marti, Mulher, Imigração canária

### **Resumen**

Sobre las relaciones de José Martí con su madre, inmigrante canaria en Cuba, hay innumerables interpretaciones. Sobresalen en este artículo la versión del amor y del respeto del hijo y una explicación sobre la conducta de la madre basada en las normas culturales, procedentes de Canarias. Según la autora, el amor de la madre le ofreció a Martí la seguridad y la estabilidad necesarias para su importante actuación política e intelectual.

Palabras claves: José Martí, Mujer, Inmigración canaria

\*Artigo recedido em janeiro e aprovado para publicação em abril de 2008

## **Abstract**

About the relationships between José Martí and his mother an Canarian immigrant at Cuba, there are countless interpretations. In this article is emphasized the version of the son's love and respect as well as an explanation about the mother's conduct based on the cultural standards from Canaries. According to the author, the mother's love had offered to him the necessary confidence and stability for his important political and intellectual acting.

keywords: José Martí, Woman, Canarian Immigration

\*\*\*

Todavía joven cuando escribió la dedicatoria al reverso de su foto que titula este artículo, José Martí expresaba la fortísima y sutil corriente que como bosque de sentimientos unían su espíritu al de la madre tierna y severa, protectora y exigente; manantial inagotable de amor y apoyo, de consuelo y aliento, “te miro, Oh madre, y en la vida creo!”

Ese un tanto místico sentimiento lo había acompañado siempre, desde la infancia; desde las dolorosas noches en presidio; en las primeras angustias del destierro: “Madre, madre, ¡y cómo te siento vivir en mi alma”; durante los largos años de ausencia, y en el momento conscientemente crucial de Montecristi: “estoy pensando en usted, yo sin cesar pienso en usted”.

Al cumplirse cien años de la muerte de esta mujer, ningún exergo me pareció mejor, porque al recordarla, intentar comprenderla y valorarla en su momento y en su sitio histórico, debe ser esa la brújula que oriente nuestros pensamientos, en honor de Martí.

Cuando en diciembre de 1842 llega la joven Leonor a Cuba, como parte de su grupo familiar, de acuerdo a lo aceptado hasta la fecha por todas las fuentes históricas que nos preceden, recién habría cumplido los catorce años. De acuerdo al expediente militar de su padre, Don Antonio Pérez Monzón, éste había sentado plaza en la quinta compañía del Batallón de Artillería de La Habana el 21 de diciembre de 1842.

En esa su primera juventud Leonor se encuentra con uno de los más activos puertos de Iberoamérica, en una ciudad que comienza a crecer extramuros, en la que se construyen y renuevan alamedas, teatros, se instala a poco el alumbrado público de gas, circulan gran cantidad de coches a caballo y hasta un tranvía, y la vida está organizada a tono con las campanas de las iglesias. Saltan a la vista las enormes diferencias sociales del régimen esclavista, pero su familia tiene una relativa posición acomodada, con su padre como militar en esa importante plaza que es La Habana, viviendo en una hermosa vivienda en la calle Neptuno, que les depara la suerte en un premio de lotería ganado a poco de llegar, con el mar siempre a la vista, al igual que en su lejana Santa Cruz natal.

Leonor Antonia de la Concepción Micaela había nacido el 17 de diciembre de 1828 en la marinera ciudad de Santa Cruz de Tenerife, en una modesta vivienda situada en la por entonces nombrada calle de la Consolación, antiquísima, estrecha y mal alumbrada, cercana al viejo mercado. En la actualidad esa calle lleva el nombre del intelectual canario Juan de la Puerta Canseco, y excepto una tarja colocada por la Asociación de Amistad Canario-Cubana y un busto de la escultora y amiga Thelvia Marín, donado recientemente por la Asociación Canaria de Cuba a Tenerife, nada material se conserva de la otrora casa familiar de los Pèrez Cabrera en Santa Cruz.

La posición militar de su padre también les había favorecido allí, pero desde 1820 la economía canaria había tocado fondo, principalmente a partir de 1834, en que se desarticula la actividad comercial con Inglaterra, principal mercado exterior del Archipiélago. La carencia de industrias y de grandes capitales, la ausencia de fuentes de empleo, la miseria rural, los bajos salarios, con una clase media raquítica, y una inmensa mayoría de trabajadores, próxima al 90% de la población, que vive en paupérrimas condiciones, convierten el hambre y las epidemias en males casi endémicos. Siempre la migración será la válvula de escape, y hasta el momento, como criterio histórico probado, ese

desalentador panorama es lo que mueve a don Antonio a decidir la búsqueda de un futuro mejor para su familia en tierra española en América: Cuba, floreciente con el auge de la producción azucarera y feliz oportunidad para terminar su largo servicio a la Corona, que se extendería durante más de cuarenta años, hasta 1848.

La familia Pérez Cabrera se compone de cinco hijos: Valentín y José, las mujeres Joaquina, Rita y Leonor, y dos varones fallecidos de los que se desconocen todos los pormenores.

El entorno cultural de Leonor, perfilado desde la pobreza apreciada en su tierra natal, tal vez ahí la causa de su previsión y austeridad, su educación, la típica de la mujer en el siglo XIX tanto en Europa como en América: condicionada por la sociedad patriarcal. El espacio femenino es el reducido del hogar y su preparación como futura esposa y madre de familia son los objetos primordiales de su existencia. Si a ello agregamos la condición militar de su padre, comprenderemos que fue rigurosamente educada en el respeto a las convenciones sociales, y a la autoridad del padre, del esposo y del cura. Incluso si aprendió a leer y a escribir, fue por esa curiosidad e inteligencia natural propias, ya que nunca fue enviada a una escuela, pues eso no era considerado necesario para su futuro. Cosía y bordaba primorosamente, cualidad tradicional de la mujer canaria, especialmente la tinerfeña, tenía una agradable presencia y unos hermosos ojos morunos, todavía apreciables, a pesar de su ceguera, en la foto de la época de su futuro viaje a Nueva York en 1887.

Nada especial la distinguía del numeroso grupo de jóvenes mujeres migrantes de su grupo social en Cuba, y dentro de la invisibilidad femenina característica de la época, tampoco era previsible el lugar histórico que llegaría a ocupar en nuestra historia patria.

Artillero su padre, casada su hermana Rita hacia 1850 ó 1851 con Juan Martín Navarro, también oficial de artillería, no nos extraña que en febrero de 1852 estén terminados todos los trámites para su matrimonio con don Mariano Martí y Navarro, llegado a

esta plaza procedente de Barcelona en abril de 1845, con sucesivos ascensos desde 1846, hasta alcanzar el de Sargento Primero en 1851. Su condición de oficial en ascenso permitió le fuera concedido el permiso para casarse en enero de 1852; terminados todos los informativos de limpieza de sangre y minoría de edad de su novia Leonor desde diciembre de 1851; la ceremonia matrimonial se realiza el 7 de febrero de 1852, donde al regreso se festeja en la casa de la calle Colón, en la que por entonces vivía la familia de la novia.

A los once meses nace el primogénito, José Julián, al que seguirán Leonor Petrona, María Salustiana, Ana; María del Carmen, la *Valenciana*; María del Pilar, fallecida en 1865; Dolores Eustaquia, fallecida en 1873; Rita Amelia y Antonia Bruna. Ana, la querida hermana, muere en México en 1875; y en 1900 fallecen, una tras otra, Antonia en febrero; María del Carmen en junio y Leonor en julio.

He aquí uno de los signos trágicos de su vida: vio morir a casi todos sus hijos, sólo Rita Amelia la sobrevive.

Siete años después del matrimonio, los esposos deciden intentar un retorno a España, hecho que es casi ley en la vida de todo emigrante, comprobado en los estudios recientes de este proceso social que ha acompañado el hombre a lo largo de su existencia como tal. Un conjunto de circunstancias les permiten tomar la decisión, entre ellas la muerte de don Antonio que deja a su hija Leonor una parte de sus ahorros de toda la vida. Durante 75 días a bordo de la polacra Magdalena con sus hijos José (Pepe), Leonor y Ana, que los conduce a Valencia en 1857, estancia de lo que casi nada ha podido documentarse, exceptuando que conocemos que Mariano encuentra a su familia en una comprometida situación económica y que no se ha encontrado evidencia de que lograra emprender algún negocio o realizar algún trabajo. Y que ha crecido la familia con el nacimiento de María del Carmen, la valenciana.

En noviembre de 2005 pude encontrar en el Archivo Histórico de Tenerife una prueba documental de la presencia de don Mariano

en Santa Cruz de Tenerife, lo que deja esclarecida la cuestión de la probable escala allí, supuesta por todos los estudiosos.

Solicita al juez una constancia de buena conducta, necesaria tal vez para poner un negocio, gestionar un empleo, una recomendación para alguna actividad comercial. En resumen, que el 18 de enero de 1859 está avecindado en Santa Cruz de Tenerife, en la que se encontraba al menos Doña Rita, la madre de Leonor, ciudad portuaria con excelentes comunicaciones marítimas con Valencia, a la que viajó sin dudas con su familia. El niño José cumplió sus seis años en tierra canaria.

No obstante, el Archipiélago Canario seguía sumido en profunda crisis económica; los relatos de viajeros de la época nos hablan de las masas de mendigos que pululaban por las calles y las pocas posibilidades de ascenso económico. En junio de 1859, están de regreso en La Habana, donde se les conoce y considera; porque como a tantos otros inmigrantes que vinieron a hacer la América, América les hizo a ellos.

A partir de este segundo retorno, es posible decir que toda la vida de la familia de Martí estará marcada por las incompatibilidades antagónicas de su honradez, por una parte, y por las convenciones de los criterios de una sociedad esclavista, mediatizada por los intereses coloniales y las diferencias sociales, por otra. Esa situación marcaría el inicio del declive económico de la familia.

Así, don Mariano sufrirá críticas de incompetencia, cesantías y despidos injustificados por no poder comportarse en sus funciones con la doble moral imperante y no plegarse a las conveniencias, primero; y después por no haber sabido poner riendas a la rebeldía de su hijo frente al poder colonial.

Muy pronto, ambos padres fueron colocados ante un dilema crucial, ante un hijo que escapaba a toda convención, a toda norma, cuya precocidad, audacia y firmeza de criterios lo condujeron a decisiones cardinales en su vida. Especialmente esta madre, esta mujer, cuya vida hubiera transcurrido anónima e ignorada tras las

paredes de su hogar, se ve enfrentada a circunstancias que se apartan de lo cotidiano para asumir situaciones extremas ante asuntos directamente relacionados con la sobrevivencia del hijo adorado, con el futuro y la obtención del objetivo de vida diseñado para el porvenir y bienestar de su familia cubana.

Esas opiniones divergentes fueron el centro del drama *Abdala*, escrito por Martí a una semana de cumplir dieciséis años:

Perdona !Oh madre! Que de ti me aleje/ para partir al campo  
!Oh! estas lágrimas / testigos son de mi ansiedad terrible/ y el  
huracán ruge en mis entrañas./ !no llores tú, que a mi dolor, !oh  
madre!/ estas ardientes lágrimas bastan! !Oh madre, no llores!  
Volad cual vuelan/ nobles matronas del valor en alas/ a gritar  
en el campo a los guerreros/ !Luchad! !Luchad, oh nubios!  
!esperanza!

La madre responde:

Y una madre infeliz que te suplica, que moja con sus lágrimas  
tus plantas, no es un rayo de amor que te detiene? No es un  
rayo de amor que te anonada?/ ¿Qué no llores, me dices? ¿Y tu  
vida/ alguna vez me pagará la patria?

Pero es que el día antes se han producido los recordados  
como Sucesos de Villanueva, rememorados por Martí en verso y  
prosa, donde especialmente recuerda el valor de su madre, que en  
medio de la balacera salió a buscarlo.

La madre imbuida de su rol familiar, educadas para ello,  
traspasa las fronteras, del peligro, haciéndose visible con acciones  
que van desde la utilización de las que he llamado “tretas del débil”,  
como es el caso de doña Leonor, convertida en presencia matutina  
en la antesala del gobernador, llorando acompañada de sus hijas,  
pidiendo clemencia para su hijo, preso político, sentenciado con  
ensañamiento. En su viaje a México buscó también la ansiada  
reunión con el hijo. En una carta protectora enviada a Santander,

donde se encuentra residiendo la madrina de su matrimonio y de bautismo de Pepe, Marcelina Aguirre, procura lograr apenas unas horas de ambiente familiar para su hijo, desterrado por segunda vez. Ella, como tantas otras, toma el partido de la defensa del hijo. Sin embargo, no vacila en discutir con él, abogado, periodista, hombre de letras y expone su pensamiento sobre el destino que ha dado a su vida, en las numerosas evidencias que nos da su epistolario, tal como ha quedado bellamente expuesto en “*Madre del Alma*”, documental que realizamos con el equipo de la TV Cubana, que contó con el apoyo del Gobierno de Canarias y las Asociaciones José Martí de Canarias, y la Leonor Pérez de los canarios en Cuba.

¿Era acaso doña Leonor particularmente egoísta en sus deseos? Pienso que ella fue solamente la expresión del canon de su época, de las convenciones y reglas en las que fue educada, y esperaba de su hijo lo que normalmente marcaba la norma de la época que protegiera a las mujeres de su familia y que fuera el amparo de sus ancianos padres....

Doña Leonor se reúne con su hijo en Nueva York en el invierno de 1887, y se despiden en vísperas del cumpleaños de Pepe en enero de 1888, hasta la fecha el último encuentro probado documentalmente entre ellos. La alegría y felicidad que proporciona a Martí la presencia de su madre, a pocos meses de la muerte de don Mariano, los consuela a ambos de esa pérdida, y a pesar de que en esa fecha el Apóstol despliega su febril y habitual actividad, acaba de ser elegido Presidente de la Comisión Ejecutiva encargada de establecer los fines estratégicos de la organización que dirigirá los trabajos revolucionarios, elabora junto a ellos la extensa carta circular dirigida a Máximo Gómez y Antonio Maceo, se ocupa de sus trabajos para la prensa y de la sociedad Literaria Hispanoamericana de Nueva York y aún le queda tiempo para, junto a varios amigos, organizar la velada familiar en que se celebran los cincuenta y nueve años que cumpliera Leonor el día 17 de diciembre. Basta la simple lectura del programa de la velada para,



con un poco de imaginación, recrear el ambiente que allí pudo disfrutar Leonor, la presencia de tantos amigos, cultos, inteligentes, acompañados de los niños de las familias en la emigración, que actuaron para ella; los poemas que allí declamaron, del propio Martí, pero también de Diego Vicente Tejera, de Francisco Sellèn, de Zenea, y el danzòn cuya partitura buscamos todavía, “La Leonora”, escrito e interpretado por Beatriz Acosta de Tanco.

Y como él mismo dijera en esa ocasión: “mamá está conociéndome de nuevo”.

Y claro que doña Leonor estaba conociendo de nuevo a su hijo. Evidencia de ello es este párrafo de una carta escrita a su hija Leonor, desde Nueva York, después de la velada:

La noche de la reunión contestando algunas palabras que le dijeron algunos amigos con respecto a esto apenas podía hablar de lo conmovido que estaba, porque en el fondo de su alma hay mucha tristeza a pesar de lo apreciado que se ve, pero la vida para él en esta tierra es terrible como lo sería para mí si tuviera que vivir en ella. A pesar de su grandeza es antipática para los que hemos nacido en otros climas y otras costumbres y como él ve la imposibilidad de poder vivir en la suya esto le está agotando la vida aunque no lo dice a nadie...

En este encuentro ella lleva a su hijo el anillo de hierro encargado al orfebre Agustín José Gregorio Zéndegui<sup>1</sup> y Gamba, hecho con un eslabón de la cadena que arrastrara en el presidio y con la palabra Cuba. En el óleo del pintor Herman Norman se aprecia el anillo en la mano de Martí, pero este al parecer, se perdió definitivamente en su caída en combate.

Desde Montecristi, el 25 de marzo de 1895, escribe a su madre la que sería su última carta, convertida por nuestro amor a Martí en una oración que sabemos de memoria. En ella están todas las respuestas a la madre, todo el amor, su íntimo deseo, pero también la firmeza inmovible del cumplimiento de su deber. En ese año doña Leonor cumplirá sesenta y siete años; es una anciana de mente lúcida, ojos apagados y viviendo una vida llena de

dificultades y de tristezas. Al golpe terrible de la muerte de su hijo le seguirán las penurias económicas, la tristeza de ver que los sueños por los que dio la vida de una República “con todos y para el bien de todos” se volvían agua y sal con la intervención norteamericana. Ella había regresado de su viaje a Cayo Hueso y Tampa en 1898, tan pronto se suspendieron las hostilidades. Allí había sabido que la emigración revolucionaria se preparaba para celebrar el cuarenta y seis aniversario del natalicio de su hijo, y deseaban colocar una lápida en la casa de Paula 41, iniciativa que ella apoyó haciendo la solicitud al Convento de Santa Catalina de Siena que por entonces ocupaba el inmueble. Los días 28 y 29 de enero de 1899 le permitieron a doña Leonor aquilatar las muestras de veneración y respeto de los representantes de lo más puro de nuestro pueblo hacia su hijo y hacia ella. Según relata Félix Lizaso, la tarde del desfile, durante el largo trayecto recorrido, Leonor no dejaba de llorar

Doña Leonor no puede disfrutar mucho tiempo de la casa adquirida por la Asociación “Por Martí” y entregada a ella; apremiada por necesidades económicas de sus nietos huérfanos, y finalmente, va a vivir a la casa de su hija Amelia, en Consulado no. 30, donde ocurre su deceso el 19 de junio de 1907. Sus honras fúnebres fueron ostentosamente realizadas por las autoridades, en contraste con la vida de penurias que llevó siempre esta austera mujer.

Durante al año 2002 realicé las investigaciones necesarias para la localización del sitio histórico que ocupaba dicha casa, en lo que es actualmente Consulado no. 26. Con el apoyo de la Asociación Canaria de Cuba, del Programa Nacional Martiano y de la Oficina del Historiador de la Ciudad, fue aprobada por la Comisión de Monumentos la colocación de una tarja recordatoria, hecho que se realizó solemnemente el 25 de enero de 2003.

Ello forma parte de la voluntad de todos los que amamos a Martí de valorar desde una perspectiva histórica justa y objetiva el lugar

cimero que ocupó en su formación como hombre su madre, no siempre adecuadamente tratada por algunos estudiosos.

Toda la proyección social pública de la madre está relacionada con la defensa de la vida y el futuro de hijo. Desde los tiempos de *El Diablo Cojuelo*, *La Patria Libre*, *El Siboney* y los Sucesos de Villanueva que desembocan en el presidio político, el viaje a México, nos muestran a esa madre desamparada, y luchando tenazmente por la vida y el futuro del hijo. ¿A quién acude Leonor para su viaje a Tampa y Cayo Hueso en 1898? ¿Quiénes sufragan ese viaje y su estancia en el exterior? Alfredo y Oscar, y Pepito, ¿no están en la manigua? ¿Quién la ofende al ofender la memoria de su hijo, sino Eliseo Giberga, antiguo líder del Partido Autonomista? ¿Quiénes la defienden sino los compañeros del Partido Revolucionario Cubano, los hombres de la emigración revolucionaria, el pueblo que la acompaña, junto a Juan Gualberto Gómez, en la conmemoración del cuarenta y seis aniversario del natalicio de su hijo hasta la casa de Paula, sitio que con su presencia ella consagra como lugar de veneración a la memoria del hijo?

Y, ¿quién sembró esa semilla en Martí? La esencia de la historicidad de doña Leonor está marcada por el legado a Cuba y a Canarias, de un pensador, un intelectual de estatura universal, el Apóstol de la Independencia de Cuba.

El rescate de su memoria es trascendente por la gran influencia educativa que supo ejercer en el seno del hogar, en el ambiente de amor y respeto aún en los tiempos de mayor pobreza y penalidades, por encima de fracasos, de desesperanzas y desarraigos. Martí aprendió en su hogar, y ello sin dudas contribuyó al carácter de esa guerra necesaria por la libertad, contra la tiranía colonial de España en Cuba, concebida en principios éticos que le permitieron convocar a una guerra sin odios y con gran respeto y simpatía hacia los pueblos de la Metrópoli colonial que se proponía combatir: “al andaluz descontento”, “el isleño oprimido”, “el gallego liberal” y “el catalán independiente”.

El amor por la madre resalta en estos versos: “Oh!, si siento la muerte es porque, muerto ya, no podré verte!”.

Al carácter histórico de Doña Leonor, se añade su problemática individualidad, como mujer, inmigrante, pobre, con todas las consecuencias que en su época marcaron su destino y su vida.

## Nota

1 Agustín José Gregorio Zéndegui y Gamba. Orfebre al que Martí entregó un pedazo del grillete que llevara en presidio para que le hiciera un anillo de hierro, que es el que le lleva doña Leonor en su visita.

## Bibliografía

- AGUIRRE ROJAS, Carlos A. “Itinerarios de la Historiografía del siglo XX”. In: *Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana “Juan Marinello”*, 1999.
- ÁLVAREZ ÁLVAREZ Luís. *La oratoria de Martí*. La Habana: Editorial Casa de las Américas, 1995.
- BUENO, Salvador. Selección y prólogo. “Martí por Martí”. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1982.
- Cano Castro Olivia A. *Doña Leonor Pérez: Mujer Canaria*. Gobierno Autónomo de Islas Canarias: Colección La Diáspora, 1998.
- Cano Castro Olivia A. *Historicidad y Universalidad de Doña Leonor Pérez Cabrera*. (Inédito)
- CABRERA DÉNIZ, Gregorio J. “Canarios en Cuba”. In: *Anales del Cabildo Insular de Gran Canaria*, 1996.
- CARRANCÁ TRUJILLO Camilo. *Ana Martí, noticia de su muerte*. México: LPF 00683, Centro de Estudios Martianos.
- CASADO SAN GERMÁN, Arturo. *Doña Leonor Pérez*. La Habana: Centro de Estudios Martianos, 1965.
- EMBIL RODRÍGUEZ Luís: *José Martí: el Santo de América*. La Habana: El Siglo Veinte, 1940.
- FERNÁNDEZ DE LA VEGA Oscar: *Proyección de Martí. Sus mejores textos*. La Habana: Ediciones Selectas, 1953.
- FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ José. *Mambises Canarios*. Biblioteca Asoc. Canaria.
- GARCÍA MARRUZ Fina. *Las cartas de Martí*. La Habana: Letras cubanas, tomo II.
- GARCÍA RONDA, Denia. *Diario de Campaña de José Martí. Pensamiento y Forma*. La Habana: Editorial Pueblo y Educación, t II, pp. 487- 494.

Como a fuente de vida exhausto río, va a mi madre mi espíritu sombrío

- HERNÁNDEZ GARCÍA, Julio. *José Martí, el hijo de la isleña Leonor Pérez*, Santa Cruz de Tenerife, 1980.
- HIDALGO PAZ, Ibrahim. *José Martí 1853-1895*. La Habana: Colección Estudios Martianos. 1993.
- HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Manuel. “La Emigración Canaria a América”, In: *Centro de la Cultura Popular Canaria*. La Laguna, 1999.
- LLAVERÍAS MARTÍNEZ Joaquín. “José Martí Pérez 1853-1895”. In: Martí en el Archivo Nacional. La Habana: Imp. Siglo XX, 1945.
- Cartas inéditas de Martí. Imp. Siglo XX, 1920. Boletín ANC, tomo XVIII, pp553-584.
- MAÑACH Jorge. *Perfil de Martí*. La Habana: Editorial Pueblo y Educación. 1996.
- MAÑACH Jorge. *Martí El Apóstol*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales. 1990.
- MARTÍ PÉREZ, José. *Obras Completas*. La Habana: Edición Crítica, Tomos I- al IX, 2000.
- ZÉNDEGUI de Guillermo. *Ámbito de Martí*. La Habana: Departamento de Publicaciones de la Sociedad Colombista Panamericana.